

esta verdad, escrita con caracteres de sangre : *una filosofía irreligiosa destruye la sociedad; sola la Religión puede fijar á los hombres en un estado conforme á la naturaleza de los seres.* La filosofía moderna confundía en el hombre el espíritu con los órganos, en la sociedad el Soberano con los súbditos, en el universo la naturaleza con el mismo Dios, y destruía así todo el orden general y particular, quitando todo poder real al hombre sobre sí mismo, á los jefes de los estados sobre el pueblo, al mismo Dios sobre el universo. M. de Bonald resucitando entre nosotros la metafísica de Platon, Descartes, Malebranche y Leibnitz, con la política de los Bossuet, Domat, Aguesseau y Fenelon, puso de nuevo la Religión á la cabeza de la sociedad y de todos los pensamientos del hombre. Nadie probó mejor que él la union íntima de la Religión con la sociedad; y por lo que hace á la metafísica, sus ideas acerca de la palabra comunican grandes luces á esta ciencia, y la unen con lazos indisolubles á la revelación. De este modo la razon elocuente de M. de Bonald vindicó al catolicismo de la política de Rousseau, y de la metafísica de Helvecio.

Pero quedaba otro género de ataque mas frivolo, y por consiguiente mas usado. Voltaire en el siglo pasado, Parny á principios de este, y una turba multa de escritores en pos de ellos, prodigaron al cristianismo insultos, sarcasmos y calumnias. Era la Religión para muchos una superstición añeja y triste, una producción informe de la edad media, con la cual podía acomodarse la política; pero que no se había hecho mas que para el pueblo. Apareció el *Genio del Cristianismo*. Entonces se desenvolvieron las bellezas poéticas y morales del cristianismo : entonces se vió cuanto debían las artes, el ingenio, las letras y las ciencias tambien á una Religión, cuyo objeto es la perfección completa del hombre en todo su ser. M. de Chateaubriand se dedicó á hacer ver sus rela-

ciones con la imaginación, el sentimiento, y todas las facultades del hombre; y en un estilo lleno de encantos y que hizo brillar tanto su imaginación, probó que todo tiene conexión en el hombre con el sentimiento religioso, y que el cristianismo presenta este testimonio en toda su pureza.

No por esto se dieron por vencidos los enemigos del cristianismo; respondieron á M. de Bonald que sus escritos no eran mas que una pura metafísica; á Chateaubriand que habia compuesto una mitología; y abandonando los sistemas de Helvecio y los sarcasmos de Voltaire se refugiaron á la *indiferencia*. Aquí es donde M. de La Mennais vino á atacarlos. Pretendieron inútilmente sostenerse en este atrinchamiento; su terrible contrario les privó de esta última defensa. Vamos á exponer los argumentos de su lógica rigurosa.

« Mr. de La Mennais reconoce dos géneros de indiferencia : la una que no es mas que apatía, pereza y seducción, de la que se ven ejemplos en todos los siglos, y contra la cual clamaron los predicadores en todos tiempos.

» La otra indiferencia que mas particularmente pertenece á este siglo, y que puede llamarse dogmática, consiste en decir que todas las verdades, ó un cierto número de ellas son indiferentes en sí mismas, ó que es indiferente negarlas ó admitirlas; v. gr. si existe Dios ó no, si la única obligación que tenemos es la de satisfacer nuestros apetitos, ó si debemos arreglarlos como tambien nuestra creencia á una ley fija y divina : hé aquí lo que ciertos hombres tienen por un objeto indiferente. No es esta una doctrina, no es tampoco una duda, es, como dice Mr. de La Mennais, una ignorancia sistemática, un sueño voluntario del alma, un entorpecimiento universal de las facultades morales. No puede ser duradero este estado sin destruir la sociedad, porque las doc-

trinas tienen el mayor influjo en su existencia, porque son necesariamente verdaderas ó falsas, y porque necesariamente producen el bien ó el mal, porque el *error vicia y la verdad perfecciona*. Si nada hay indiferente en política ni en moral, con mas razon tampoco puede darse nada indiferente en lo que toca á la Religion. ¿Qué delirio, pues, enajena á estos indiferentistas sistemáticos, que, á fuerza de haber oido repetir que todas las religiones son indiferentes, las menosprecian todas sin conocerlas, y rehusan examinar si alguna es verdadera? Mr. de La Mennais reduce á tres sistemas generales la doctrina de los que no quieren admitir la verdad católica: ateísmo, deísmo y herejía. La herejía consiste en escoger entre las verdades reveladas aquellas de que mas se paga la razon, desechando las otras como inútiles ó dudosas, ó como errores ciertos. Aquí comienza el desórden: « se convierte la razon que debe obedecer » en autoridad que debe mandar; y transformando » la Religion en pura opinion, se destruye el fundamento mismo de las verdades que se pretende conservar. » Si el hombre se resiste á oír á la Iglesia, porque su razon no comprende, muy pronto se resistirá á oír á su Fundador, porque su razon no podrá comprenderle; rehusará tambien luego creer la tradicion universal del género humano que atestigua la existencia de Dios, porque su razon no es capaz de comprender á Dios. « Al punto que se desconoce la » regla es indispensable llegar hasta este extremo; » falta todo medio para detenerse; el principio arrastra, y cuanto mas vigor y rectitud tenga el espíritu, » mas se ha de extraviar. » Los que dicen que Mr. de La Mennais llamaba á los protestantes ateos ó deístas, no le han entendido. Lo que prueba Mr. de La Mennais es que el principio de independencia, que quiere no se admita un artículo del símbolo sino cuando la razon le ha comprendido, lleva á negar todo lo que es

incomprensible, á saber, Dios y el hombre mismo. Pone á los protestantes entre los indiferentistas; nombre que el mismo Lutero daba á Zuinglio, el que no era indiferente en cuanto á la divinidad de Jesucristo, pero lo era sobre la presencia real: y el mismo Lutero era indiferente en cuanto á la primacia del Papa y la transubstanciación, pues que declaró se podia no creer estos dogmas sin dejar de ser cristiano.

Cualquiera, pues, que esté convencido que no es posible ser indiferente en materia de Religion, por fuerza está obligado á probar que es posible y conforme á razon detenerse en uno de los tres sistemas que niegan, ya sea la autoridad de la Iglesia, ya la autoridad del mediador, ya la autoridad de Dios, ó bien que fuera de la Religion católica hay un cuarto sistema. Hasta tanto que esto se haga, Mr. de La Mennais tiene derecho para concluir de sola esta parte de su libro que fuera de la Religion católica no hay mas que sinrazon y falsedad, de donde se deduce la obligacion de abrazarla que tiene todo hombre que no quiera permanecer en la indiferencia.

Mr. de La Mennais hace ver además que entrando necesariamente uno en otro los tres sistemas generales de indiferencia, vienen á parar en la indiferencia dogmática absoluta de Religion; de que se sigue, que refutando los principios en que se apoya esta indiferencia general, se refutan al mismo tiempo todos los sistemas particulares de indiferencia. La indiferencia absoluta en materia de religion no puede apoyarse mas que en la no importancia de la religion; ó suponiendo esta importancia, en la imposibilidad de discernir entre las diversas religiones aquella que es verdadera. Dificil seria establecer con mas fuerza que lo hace el autor la infinita importancia de la Religion con respecto al hombre, con respecto á la sociedad, y con respecto al mismo Dios. Se propone además publicar otro tomo, en el que destruirá la segunda base

en que se apoya la indiferencia, probando que hay para todos los hombres un medio fácil y seguro para distinguir la Religion verdadera de cualquiera otra.

El título solo de esta obra es un rayo de luz, y está tan bien apropiado á las circunstancias y tiempo, como el nombre que dió Bossuet á su historia de la Reforma, cuando la llamó Historia de las Variaciones. Solo con haberla hecho conocer debe tener fin la indiferencia. Así el libro ha sido acogido con tanta ansia, que la cuarta edición está ya casi agotada. Al pronto no se mezcló censura alguna con los aplausos que por todas partes se le daban. Hoy se hace oír en algunas bocas la nota de intolerancia. Los que acusan á Mr. de La Mennais de intolerante ponderan al mismo tiempo la tolerancia de Fenelon. Pero entendámonos. Si se llama tolerancia áquel sentimiento de caridad que no pide cuenta de su vicio al vicioso, del error al que yerra; que distingue siempre entre opiniones y personas, la encuentro por todas partes en la obra de Mr. de La Mennais como en la de Fenelon: no porque este sea un espíritu particular y privativo de ellos, es el espíritu del Cristianismo, y ambos lo tienen porque los dos son cristianos. Si se llama intolerancia la declaracion franca de que no se puede ser indiferente á la verdad, y de que la Religion católica comprende toda verdad, hé aqui lo que dice Fenelon en sus cartas al duque de Orleans: « No tiene » el hombre que escoger ni deliberar; cualquier otro » culto que el católico no es una Religion. » Mas abajo añade: « No hay medio entre el ateismo y el catolico » cismo si se ha de ser consecuente. » Esto, y nada mas, es lo que pretende Mr. de La Mennais. Nada mas responderemos tampoco nosotros á aquellos á quienes este raciocinio parece una reconvenccion; pero creemos que la luz es intolerante en este sentido, porque donde quiera que ella está no puede haber tinieblas: lo mas que probaria esta acusacion si se re-

pitiese seria la imposibilidad de oponer algo formal. Digámoslo hoy porque es una verdad: así como el último siglo abortó un enjambre horroroso de talentos contra la Religion, el décimo nono comienza de una manera enteramente opuesta. Se presentan hombres dotados de un verdadero ingenio, y penetrados en un todo de la importancia de la Religion y de su verdad. El cielo, pues, echa ojeadas de clemencia sobre nuestra patria.... ¡ Infelices de nosotros si cerramos todavía los ojos á la luz!

El mérito del estilo en el *Ensayo sobre la Indiferencia* se hace tan digno de atención, que no hay razon que alcance á dispensarnos de hablar de él. Nunca se ha visto desde Pascal reunida tanta profundidad de pensamientos con tan viva fuerza en los coloridos. Hay en esto algo que se asemeja á Tácito y á Bossuet. Aquel estilo pintoresco, la dición tan enérgica, aquellas expresiones tan vivas con los rasgos de un patético sombrío y una elocuencia irresistible, finalmente aquel arte tan vigoroso de abrazar el todo sin confundir lo mas menudo, hacen ver en él un escritor superior. De tal modo enlaza sus pensamientos con una vasta erudición, que forma un todo indestructible. Seria muy embarazoso escoger con preferencia algun trozo que presentar aquí, siendo tantos los pasajes sobresalientes, las ocurrencias felices y observaciones admirables, tanto en política como en moral é historia. Solo una cosa nos parece puede llamar en esta obra la atención de una crítica escrupulosa, y es una acumulacion muchas veces desmedida de imágenes; pero puede ser que otro gusto mejor que el nuestro le absuelva de este defecto. Se ve bien que así es como se debia hablar á un siglo indiferente. Tácito no escribió la historia como Tito Livio, que escribia en tiempos mas pacíficos. Hay un tono propio y peculiar que viene á hacerse general en cada siglo. Es claro, preciso y profundo en

su estilo, y todas las bellezas de este en el *Ensayo* son del orden mas sublime, y al mismo tiempo originales. Se conoce que el autor era todavía muy jóven cuando vió el espectáculo horroroso que hemos dado al mundo: se estremeció su alma; ha buscado ahora la causa, y tiembla todavía al escribir; teme que las mismas causas produzcan de nuevo iguales efectos. Se da prisa, porque es preciso apresurarse cuando todo lo que nos rodea es instantáneo y pasajero; así su estilo ha tomado el colorido propio de esta posición. Se advierte, singularmente por lo que tiene de enérgico y sombrío, que temía siempre no decir con la presteza necesaria todas las verdades que anuncia, recelando sea demasiado tarde cuando lleguen á oírse. En la introducción, que es un trozo separado, es donde especialmente se echa de ver esta inquietud: son treinta y dos páginas que ofrecen cuanto hay mas brillante en la elocuencia. Nadie, ni aun el mismo Bossuet, presentó con mas fuerza las consecuencias de la Reforma, ni el desorden de las filosofías humanas. Mr. de La Mennais ha visto lo que aquel talento superior solo pudo preveer. Tal vez se echarán de menos en esta obra trozos que den lugar al alma para descansar, porque el autor nos arrastra tras sí sin dejarnos respirar: desde la Reforma nos lleva á la Indiferencia: allí nos hace sondear el abismo, y al punto nos eleva para hacernos contemplar las alturas de la Religión y el cielo. Su talento se mece sobre los aires como el águila. El capítulo mas hermoso que escribió Malebranche, es aquel en que trata de la importancia de la Religión con respecto á Dios; ni aun las elevaciones sobre los misterios presentan cosa que sea mas sublime. M. de La Mennais derrama torrentes de luz sobre las cuestiones mas incomprensibles al entendimiento humano. Su libro se conservará como un monumento de su edad; é inútilmente se pretenderá impugnarlo, porque su triunfo irá siempre en aumento,

y tendrá la suerte de las obras de los grandes talentos cuando vienen á tiempo. = Genoude ¹.

Lo que es mas que suficiente para conocer el verdadero mérito de la obra y de su autor. M. de La Mennais, como decia bien el Baron de Eckstein (Le Catholique num. 2), es un soldado de la Iglesia militante, que armado del raciocinio como de una espada de dos filos, se arroja entre las filas enemigas, y asaltando la Ciudadela en que se ha encastillado la orgullosa Razon, resuelto á morir antes que ceder, trastorna todos sus baluartes, derriba sus atrincheramientos, é imperturbable enarbola entre sus ruinas el estandarte de la Religión y de la fe. Si en la vehemencia de sus expresiones parece alguna vez deprimir demasiado la Razon, no es porque la desconozca; el uso que hace de ella es la mejor prueba de todas; sino para enfrenarla y avergonzarla al presentar sus desvarios. Así los PP. antiguamente al impugnar un error parecían propender al extremo opuesto.

Sin embargo, para que aun los mas sencillos no hallen en que tropezar, debemos advertir con él mismo (Prólogo de su segundo tomo) que esta palabra Indiferencia varía segun que se aplica á las personas, y á los juicios

¹ Este elogio de La Mennais lo hemos tomado del prólogo que el R. P. Fr. José Maria Laso de la Vega, doctor en teología y lector en el convento de San Francisco de Cádiz, puso á su traducción del primer tomo de aquel, y lo copió del periódico de París titulado el *Conservador*, t. II, página 193. Es bien conocido en nuestra España el mérito y la ilustración de este sabio religioso. El año de 1820 hizo la traducción del t. I de La Mennais, sin duda con el objeto de preservar á la Nación de los desastres que la amenazaban con la nueva instalación del sistema constitucional; pero como La Mennais atacó por sus bases las constituciones republicanas, el P. Laso para poner á cubierto la publicación de esta obra, no pudo menos de añadir correctivos á los principios generales de aquel, y aun con esta estratagemá fué conocido por los mismos liberales. En el año de 24 dió á luz la impugnación del *Citador*, y en ella descubre su vasta erudición, y los sólidos conocimientos de un sabio teólogo. ¡Ojalá estuviera en manos de todos!

de las doctrinas: en el primer sentido equivale y viene á ser sinónimo de indolencia y apatía; y en el segundo, que es la dogmática, cuando se juzga que todas las doctrinas son indiferentes, y ninguna obligatoria. Como el primer capítulo son Consideraciones generales, abraza una y otra, y de la primera se deben entender aquellas palabras que la indiferencia es como «extincion» de todo sentimiento en la voluntad, en razon de la «falta de todo juicio en el entendimiento; que el juzgar» es vivir; el creer, el amar es vida» no porque el hombre que actualmente no ama, no viva, sino á la manera que al sueño llamamos imágen de la muerte, así quien no ama, ni cree, ni juzga, ni siente, parece podia decirse muerto.

Si contraponiendo en la pág. 90 la Iglesia al gobierno civil llama á la primera «Sociedad espiritual» y que impone solo penas espirituales, no es porque no la entienda corporal y sensible, pues emplea páginas enteras en demostrar contra Jurieu que es visible, sino para contraponerla al gobierno que sobre las cosas de Religion se usurpó la Inglaterra. La Mennais, eminentemente católico, sabe bien que los Concilios están llenos de penas exteriores, y unas y otras son del resorte de la Iglesia, aunque ordenadas á la santificacion y bien del espíritu. Siendo demasiado largos en esta advertencia, mas adelante daremos su nota biográfica. Solo nos resta añadir, que la presente traduccion se ha hecho por la sexta impresion de Paris, y la del P. Laso por la cuarta. Creemos de nuestro deber hacer esta advertencia, para que si nuestros lectores notasen alguna diversidad en determinados períodos ó expresiones, puedan cotejarlos por sí mismos.

INTRODUCCION.

No es el siglo mas corrompido el que se apasiona por el error, sino el que desatiende, menosprecia, y desdeña la verdad. Cuando en un enfermo se ven violentas convulsiones, arrebatamientos furiosos, delirios, aun tiene fuerzas, y hay lugar á esperar su salud; pero cuando cesa en él todo movimiento, desaparece el pulso, el frio de los extremos llega hasta el corazon, ¿qué hay ya que esperar sino una próxima é inevitable disolucion?

En vano nos lo querriamos disimular: la Sociedad en Europa se avanza rápidamente hácia este término fatal: esos estrepitosos ruidos que resuenan en su seno, los sacudimientos que la agitan no son el síntoma mas terrible que ofrece al observador; pero esa indiferencia letárgica en que la vemos caer, de ese adormecimiento profundo en que yace sumida ¿quién la despertará? ¿quién soplará sobre esos huesos áridos para reanimarlos otra vez? El bien y el mal, el árbol de la vida y el que produce la muerte, nutridos por un mismo suelo, crecen en medio de los pueblos, que sin alzar siquiera la cabeza para distinguirlos, pasan, alargan la mano, y cogen sus frutos á la ventura. Religion, moral, honor, deberes, los principios mas sagrados y los mas nobles sentimientos, no son ya mas que una especie de sueño, unos brillantes y fugaces fantasmas, fuegos fatuos que se dejan ver momentáneamente á lo lejos del pensamiento para desaparecer en breve y no volver mas. No, nunca jamás se vió cosa semejante, ni aun se hubiera podido imaginar: han sido necesarios largos y pertinaces es-

fuerzos, una lucha infatigable del hombre contra su conciencia y contra su razon para llegar hasta esta indolencia brutal. Fijad por un momento los ojos en ese Rey de la creacion: ¿ó qué envilecimiento tan incomprendible! Su espíritu postrado y decaído no se halla bien sino en las tinieblas. Ignorar es su gozo, su paz, su felicidad; ha perdido hasta el deseo de conocer lo que mas le interesa. Contemplando con igual tedio y aversion el error y la verdad, afecta creer que no se pueden distinguir á fin de confundirlos en un desprecio comun; último exceso de depravacion intelectual á que es dado llegar al hombre: *cum in profundum venerit, contemnit.*

Cuando se llega á considerar este portentoso extravío, se experimenta no sé qué indecible compasion de la naturaleza humana; porque, en verdad, ¿puede concebirse condicion mas desgraciada y miserable que la de un ser que igualmente ignora sus obligaciones y su fin; ni trastorno mas extraño de la razon que el de poner su dicha, su gloria, su felicidad en aquella misma ignorancia que deberia ser mas bien el objeto de un llanto inconsolable, de un continuo gemir?

La causa primera de tan vergonzosa degradacion no es tanto la debilidad de nuestro espíritu como su vergonzosa sujecion al cuerpo. El hombre subyugado por los sentidos se habitúa á no juzgar sino por ellos, ó por lo que ellos le comunican y transmiten: no ve realidad sino en lo que á ellos les afecta; todo lo demás son para él vagas abstracciones y quimeras: no vive sino en el mundo fisico, y el mundo intelectual es como si no fuera para él. Negaria su pensamiento mismo si no le fuera tan íntimo, y le tuviera tan presente; pero ya que no le es dado, si me es lícito hablar así, separarse de él, negándose á lo menos á reconocerle por lo que es, le materializa, le llama el resultado de la organizacion, de las afinidades químicas, para no verse obligado á admitir substancias espiri-

tuales ó que no estén al alcance de sus sentidos.

El cultivo de las ciencias físicas ¡cosa notable! esas ciencias que á cada paso y á cada instante advierten al hombre de su superioridad sobre los brutos, no parece ha servido sino para corroborar en él esa vil y baja inclinacion de abatirse hasta ponerse al nivel de los seres mas despreciables, ocupándole incesantemente en objetos materiales y terrenos. Desde entonces el alma se ha desagradado de sí misma, se ha avergonzado de su origen celestial y divino, y aun esforzado á borrar hasta el último vestigio. Ha desviado de su curso natural ese amor inmenso, que forma como el fondo de nuestro ser, para aplicarlo únicamente á los cuerpos: pone en estos todas sus miras: los ama como su fin; ha querido identificarse con ellos, ser perecedera como ellos, y en esta loca imaginacion diciéndose á sí misma: *Tú tambien morirás*, ha saltado de placer, y regocijándose con esta esperanza.

Ciertamente, si burlando su destino le fuera posible al alma conquistar la muerte, el medio que habia elegido para ello seria infalible; y en efecto destruyendo por lo que respecta á sí y aniquilando la verdad, en cuanto le era dado se ha aniquilado á sí misma, porque en cualquiera sentido que se quiera tomar, la verdad es la vida, y la única causa de la existencia del hombre y de la sociedad. Así en el orden moral como en el político todo camina á la destruccion, y marcha mas ó menos rápidamente hácia este término fatal á proporcion que la guerra contra la verdad es mas ó menos activa, mas ó menos feliz. Una nueva, triste y demasiado memorable experiencia no nos deja duda alguna sobre este punto, y para el que no se quiere cegar voluntariamente, es evidente que la revolucion francesa, tan eminentemente destructiva, no ha debido ese carácter mortífero sino al delirio impio de sus promovedores, que con una rabia y furor hasta entonces inaudito atacaron todas las verdades juntas.

Esto no es decir que no haya existido siempre en el corazón humano una secreta oposicion á la verdad, que contraría sus inclinaciones, y humilla su orgullo. Él la ama y la teme; la desea, la busca por una inclinacion natural como el principio de todo su bien; pero frecuentemente en el momento mismo cansado de su yugo, se irrita de haberla encontrado; contradiccion singular que no podrá explicarla nunca la filosofía sola. Despues de haber fatigado inútilmente nuestro espíritu, es necesario que la Religion, supliendo su impotencia é inaptitud, venga á desatar el nudo cuyos cabos profundamente ocultos se escapan á nuestros ojos y á nuestra consideracion, á nuestras miradas y á nuestras conjeturas: es necesario, en una palabra, que ilustrados é instruidos sobre nuestra verdadera condicion por una luz mas viva que la de nuestra vacilante razon, el autor mismo de nuestro ser nos revele la causa y principio de las contrariedades que nos asombran. Entonces solamente, entonces es cuando cae el velo que cubre nuestros ojos, y vemos al hombre cual es en sí; á esta luz descubrimos en él como dos seres diferentes que luchan y combaten sin cesar, y alternativamente triunfan de sí mismos: uno prendado y apasionado de todo lo que es bueno, verdadero, noble; el otro inclinado á todo lo malo, falso, vil: uno lanzándose con amor hácia la verdad y la virtud; el otro hundiéndose rabiosamente en el crimen y el error: la fe descubriendo á nuestros ojos este misterio de grandeza y abatimiento, en el primero nos muestra al hombre primitivo cual salió de las manos de Dios, y en el segundo á este mismo hombre degradado, y corrompido por la primera culpa, llevando sobre la frente la marca indeleble de su caida, y recibiendo con la vida una funesta herencia de inclinaciones viciosas y de dolores, que transmitirá de generacion en generacion hasta su último descendiente. Así el hom-

bre, por lo que tiene de su Criador, participa de las perfecciones de la Divinidad, cuya imagen es; á saber, inteligencia y amor: un deseo infinito de amar y de conocer le eleva incesantemente hácia el Cielo, donde contemplando la verdad que nunca muere, gusta, y se saborea, y goza como las dulces primicias de su propia inmortalidad. La simple apariencia del bien le enajena de alegría: imaginad, si es posible, una accion magnánima, un movimiento generoso que no sea natural á su corazón. ¿Se tratan de hacer por un noble fin, los mayores, los mas grandes sacrificios? Un instinto sublime mas veloz que el pensamiento le hace palpar de alegría: no duda, no calcula; bendice su suerte, se olvida de sí mismo, y se sacrifica á ella. ¿Le hablan la humanidad y la conciencia? En el momento le veréis, con el sagrado nombre de Dios en los labios, volar entre los pueblos salvajes, hasta el cabo del mundo, para enseñarlos, ilustrarlos, aliviarlos, consolarlos en sus males, suavizar sus trabajos, dulcificar sus costumbres, y extender entre ellos el imperio santo de la verdad: veréisle bajar á los calabozos mas profundos, salir al encuentro á las torturas y suplicios para dar de ella un brillante testimonio, y morir con alegría para preparar su triunfo.

Hay pues en cada hombre, y por una conexion necesaria en cada pueblo, dos potencias que se hacen mutuamente la guerra y luchan entre sí, á saber: los Sentidos y la Razon; ó para explicarnos con el lenguaje profundamente filosófico de nuestros Libros Santos, *la Carne* y *el Espíritu*¹; y segun que uno ú otra prevalecen, la verdad ó el error, el crimen ó la virtud, dominan en la sociedad y en los individuos.

En efecto, el hombre por su razon aspira á la pose-

¹ Caro enim concupiscit adversus spiritum: spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur. *Ad Galat.* v, 17.